

LECTIO DIVINA

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA -Ciclo B

(10 de marzo 2024)

CUARESMA: tiempo de oración, penitencia y caridad.

Los viernes hay Viacrucis

Los que leen las lecturas en la Misa del sábado 7pm, leerán las del Ciclo A (1Sam16,1.6-7.10-13; Sal 22; Ef 5,8-14; Jn 9,1-41)

2Cr 36,14-16.19-23

Sal 136

Ef 2,4-10

Jn 3,14-21

La liturgia del cuartodomingo de Cuaresma nos sitúa ante el proyecto salvífico de Dios para el mundo y para los hombres: es una iniciativa de Dios que, independientemente de nuestros méritos, nos ofrece la Vida eterna. Cada uno de nosotros tiene que decidir cómo aceptamos esta oferta y cómo respondemos a ella. Nuestra respuesta debe realizarse con alegría, marca esencial del Evangelio y de este domingo de Cuaresma, llamado “**Domingo de la Alegría**”.

La primera lectura advierte que, cuando el hombre prescinde de Dios y elige caminos de egoísmo y autosuficiencia, está construyendo un futuro de dolor y muerte. Pero garantiza, por otra parte, que Dios nunca se rinde con sus hijos: les da siempre la posibilidad de reconstruir su vida, de empezar de nuevo.

La segunda lectura nos dice que, a pesar de nuestra condición de fragilidad y pecado, Dios nos ofreció, en Cristo, Vida y salvación. No lo hizo por nuestros méritos; fue una oferta completamente gratuita, que resulta del amor que nos tiene.

En el Evangelio, Juan presenta, con las propias palabras de Jesús, el plan de salvación de Dios: por puro amor, Dios envió a nuestro encuentro a su Hijo Unigénito, que vino a ofrecernos la salvación. Quien “cree” en Jesús y aprende de Él la lección del amor hasta el extremo, nacerá a una Vida nueva, a una Vida plena y definitiva.

2Crónicas 36,14-16.19-23

En aquellos días, todos los sumos sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, practicando todas las abominables costumbres de los paganos, y mancharon la casa del Señor, que él se había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, los exhortó continuamente por medio de sus mensajeros, porque sentía compasión de su pueblo y quería preservar su santuario. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus advertencias y se mofaron de sus profetas, hasta que la ira del Señor contra su pueblo llegó a tal grado, que ya no hubo remedio.

Envío entonces contra ellos al rey de los caldeos. Incendiaron la casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén, pegaron fuego a todos los palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos. A los que escaparon de la espada, los llevaron cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos, hasta que el reino pasó al dominio de los persas, para que se cumpliera lo que dijo Dios por boca del profeta Jeremías: Hasta que el país haya pagado sus sábados perdidos, descansará de la desolación, hasta que se cumplan setenta años.

En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de las palabras que habló el Señor por boca de Jeremías, el Señor inspiró a Ciro, rey de los persas, el cual mandó proclamar de palabra y por escrito en todo su reino, lo siguiente: “Así habla Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha mandado que le edifique una casa en Jerusalén de Judá. En consecuencia, todo aquel que pertenezca a este pueblo, que parta hacia allá, y que su Dios lo acompañe”.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

El Libro de las Crónicas (dividido en dos partes) es una obra de autor anónimo, que pretende contar la historia de Israel, desde la creación del mundo, hasta la época del Exilio. El libro forma parte de un bloque con cierta unidad (junto con los libros de Esdras y Nehemías) que suele denominarse “**Obra del Cronista**”.

En su obra, el autor privilegia la historia del reino del sur (Judá), dando especial énfasis al rey David y su descendiente. También se le da cierta importancia a la tribu de Leví, debido a que esta tribu está ligada a cuestiones litúrgicas. Por otro lado, ignora deliberadamente la historia del reino del Norte (Israel).

Los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre la datación de la obra del Cronista. Sin embargo, muchos hablan de un proceso de escritura en varias etapas: hacia el 515 a.C. apareció una primera edición de la obra, con el objetivo de legitimar el culto en el “segundo Templo” (es decir, en el Templo reconstruido por los judíos que regresaron del exilio en Babilonia); entre 400 y 375 a. C. apareció una segunda edición, diseñada para subrayar la autoridad de Esdras como legislador e intérprete de la Torá; entre el 350 y el 300 a. C. apareció una tercera edición, diseñada para alentar, fortalecer y consolidar a la comunidad judía frente a la hostilidad de los vecinos, particularmente los samaritanos. El objetivo fundamental del autor parece ser proponer la fidelidad a Dios y a la Alianza. Esta fidelidad debe manifestarse, según el Cronista, en el cumplimiento de la Ley y en el ritual del culto en el Templo de Jerusalén.

El texto que se nos propone como primera lectura de este cuarto domingo de Cuaresma aparece en la parte final del segundo volumen del Libro de las Crónicas. En este texto, el Cronista hace referencia a dos hechos históricos separados por casi 50 años: la caída de Jerusalén a manos de Nabucodonosor (586 a.C.) y la autorización dada por el rey persa Ciro para el regreso de los exiliados a Jerusalén, tras la caída de Babilonia (538 a.C.). En el medio, el Pueblo de Dios vivió la dramática experiencia del Exilio en Babilonia.

Sin embargo, el autor está mucho más interesado en darnos una interpretación teológica de los hechos que en ofrecernos una descripción detallada de los acontecimientos históricos. No es un historiador ni un analista político quien habla, sino un creyente preocupado por leer la historia a la luz de la fe y sacar las conclusiones necesarias.

MENSAJE

El Cronista considera que la destrucción de Jerusalén, el incendio del Templo y la deportación del pueblo de Dios a Babilonia son el resultado lógico de los pecados de la nación. “*todos los sumos sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades,*” (v. 14); ignoraron las advertencias enviadas por Dios a través de los profetas y desdeñaron sus llamamientos... Entonces, la ira del Señor cayó sin remedio sobre su Pueblo (v. 15-16).

Por cierto, el Cronista cita una profecía de Jeremías que habla de un castigo de Dios que caería sobre la tierra desolada de Judá y que duraría setenta años (cf. Jer 25,11-14). El Cronista ve los setenta años del Exilio (en realidad, el Exilio no duró tanto: setenta años es un número simbólico, correspondiente al espacio de una generación) como un gran jubileo obligado por Dios, un tiempo de compensación por todos los “años sabáticos” que el pueblo no respetó y en los que no cumplió con sus obligaciones para con Yahvé. La Ley de Dios disponía que, cada siete años, se dejaría descansar la tierra durante un año y que, después de siete veces siete años (cuarenta y nueve años), en el quincuagésimo, se celebraría un “año jubilar”, que es decir, un mayor tiempo de descanso para la tierra y sus habitantes (cf. Lv 25,8-13). Sin embargo, la codicia y el egoísmo hicieron que el Pueblo nunca respetara esta ley y no dejara descansar a la tierra. Pero Dios quiso compensarlo y, enviando al pueblo al Exilio, hizo descansar durante setenta años la “tierra de Dios”, martirizada por la injusticia y el pecado, hasta que se renovó y volvió a ser la “casa” del pueblo de Dios (v. 21).

Detrás de esta lectura de la historia (la así llamada “teología de la historia”) se esconde uno de los dogmas fundamentales de la fe de Israel: **el dogma de la retribución**. Para los teólogos de Israel, Dios paga al hombre según las acciones que realiza. Si el pueblo vive en fidelidad a la Alianza y a los mandamientos, Dios le ofrece vida y felicidad; Si el pueblo es infiel a los compromisos asumidos, recibirá a cambio la muerte y la desgracia.

Esta imagen de Dios que presenta el Cronista nos sorprende y escandaliza. Este Dios “contable” que calcula las deudas y los créditos de una persona para pagarlas en consecuencia está lejos del Dios de bondad y misericordia cuyo rostro Jesús vino a revelarnos. Sin embargo, detrás de esta idea desenfocada

de Dios hay una intuición que tiene algo de cierto: las decisiones equivocadas que tomamos, tarde o temprano, resultan en sufrimiento e infelicidad para nosotros y para quienes caminan con nosotros. Pese a todo, el Cronista es consciente de que el castigo no es la última palabra de Dios. Los últimos versículos (v. 22-23, que son una versión resumida de Ezd 1,1-4) apuntan hacia la esperanza y un nuevo comienzo. Detrás de la referencia a la liberación obrada por Ciro y al edicto que autoriza a los habitantes de Judá a regresar a su tierra, está la idea de un Dios que no abandona a su Pueblo y que continúa brindándole, en todo momento, historia, la posibilidad de empezar de nuevo.

ACTUALIZACION

- Aunque utilizando elementos teológicos y formas de expresión propias de su tiempo, el Cronista nos recuerda algo que es innegable: cuando una persona prescinde de Dios y elige caminos de egoísmo y autosuficiencia, está construyendo un futuro sin horizontes y sin esperanza. De hecho, nuestra experiencia cotidiana muestra cómo la indiferencia de la persona hacia Dios y sus propuestas genera violencia, opresión, explotación, exclusión, soledad, sufrimiento. Por lo tanto, la culpa de muchos de los males que nos afligen no es culpa de Dios, sino de las decisiones equivocadas que tomamos. ¿Somos conscientes de esto? ¿Estamos disponibles, en este tiempo de Cuaresma, para emprender un camino de “conversión” que nos lleve de regreso a Dios, dispuestos a escucharlo y aceptar las instrucciones que Él nunca deja de darnos?
- La perspectiva de que la liberación del cautiverio es mandada por Dios y que Dios ofrece a su Pueblo la oportunidad de un nuevo comienzo apunta en la dirección de la esperanza. Dios nunca se da por vencido con sus hijos. Aborrece el pecado que destruye nuestro mundo y nuestras vidas, pero continúa amándonos a pesar de nuestras decisiones equivocadas. Nos da la posibilidad, continuamente renovada, de empezar de nuevo, de rehacerlo todo, de reconstruir nuestra vida. La certeza del amor de Dios debe iluminar cada momento de nuestra vida en esta tierra; y también debe ser un incentivo para abrazar una vida nueva: más libre, más fraterna, más solidaria, más humana. ¿Confiamos en el amor de Dios? ¿Estamos dispuestos a aceptar, en este camino que emprendemos hacia la Pascua, las oportunidades de renovación que este amor nos ofrece?

Salmo 136

R. Te recuerdo, Señor, es mi alegría.

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos
a llorar de nostalgia;
de los sauces que estaban en la orilla
colgamos nuestras arpas. R.

R. Te recuerdo, Señor, es mi alegría.

Aquello que cautivos nos tenían
pidieron que cantáramos.

Decían los opresores:

“Algún cantar de Sión, alegres, cántennos”. R.

R. Te recuerdo, Señor, es mi alegría.

Pero, ¿cómo podríamos cantar
un himno al Señor en tierra extraña?

¡Que la mano derecha se me seque,
si de ti, Jerusalén, yo me olvidara! R.

R. Te recuerdo, Señor, es mi alegría.

¡Que se me pegue al paladar la lengua,
Jerusalén, si no te recordara,

o si, fuera de ti,

alguna otra alegría yo buscara! R.

R. Te recuerdo, Señor, es mi alegría.

Efesios 2,4-10

Hermanos: La misericordia y el amor de Dios son muy grandes; porque nosotros estábamos muertos por nuestros pecados, y él nos dio la vida con Cristo y en Cristo. Por pura generosidad suya, hemos sido salvados. Con Cristo y en Cristo nos ha resucitado y con él nos ha reservado un sitio en el cielo. Así, en todos los tiempos, Dios muestra, por medio de Jesús, la incomparable riqueza de su gracia y de su bondad para con nosotros.

En efecto, ustedes han sido salvados por la gracia, mediante la fe; y esto no se debe a ustedes mismos, sino que es un don de Dios. Tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir, porque somos hechura de Dios, creados por medio de Cristo Jesús, para hacer el bien que Dios ha dispuesto que hagamos. Palabra de Dios.

AMBIENTE

La ciudad de Éfeso estaba situada en la costa occidental de Asia Menor. Era una ciudad grande y próspera, capital de la Provincia Romana de Asia. Su puerto marítimo conectaba el interior de Asia Menor con todas las ciudades del Mediterráneo.

Cuando Pablo llegó a Éfeso (cf. Hechos 19,1), durante su tercer viaje misionero, encontró a algunos cristianos mal preparados. Pablo buscó instruirlos y darles una formación cristiana adecuada. Según el Libro de los Hechos de los Apóstoles, Pablo permaneció en la ciudad por un largo período (más de dos años, según Hechos 19,10), enseñando en la sinagoga y, más tarde, en la “escuela de Tirano” (Hechos 19:9). Así, reunió a su alrededor a un número considerable de personas convertidas al “Camino” (Hechos 19,9.23). También según el autor de los Hechos, fue a los ancianos de la Iglesia de Éfeso a quienes Pablo confió, en Mileto (cf. Hechos 20,17-38), su testamento espiritual, apostólico y pastoral, antes de ir a Jerusalén, donde terminaría por ser arrestado. Todo esto sugiere una relación muy estrecha entre Pablo y la comunidad cristiana de Éfeso.

Curiosamente, la carta a los Efesios es bastante impersonal y no refleja esta relación. Algunos comentaristas de los textos paulinos dudan, por tanto, de que esta carta provenga de Pablo. Otros, sin embargo, creen que el texto que nos ha llegado con el nombre de “Carta a los Efesios” es una de las copias de una “carta circular” enviada a varias iglesias de Asia Menor, incluida la comunidad cristiana de Éfeso.

En cualquier caso, la Carta a los Efesios se presenta como una carta escrita por Pablo, en un momento en que el apóstol se encuentra en prisión (¿en Roma?). Su portador habría sido un tal Tíquico. Estamos alrededor de los 58/60. Se trata de un texto de gran riqueza temática, una reflexión madura y completa donde el autor presenta una especie de síntesis de la teología paulina.

El texto se inscribe en la parte dogmática de la carta (cf. Ef 1,3-3,21). Propone una reflexión sobre el papel de Cristo en la salvación del hombre. El autor comienza señalando la situación de pecado en la que vive el hombre y de la que, por sí solo, no puede escapar (cf. Ef 2, 1-3). ¿Está, por tanto, el hombre condenado a la esclavitud del pecado y de la muerte?

MENSAJE

Dios es rico en misericordia y ama a sus hijos e hijas con inmenso amor. Por tanto, a nuestra situación pecaminosa, Dios responde con su gracia (v. 4). El amor salvador y liberador de Dios no es un amor condicional, que sólo se derrama sobre los hombres cuando se convierten; pero es un amor incondicional, que alcanza al ser humano incluso cuando continúa caminando por caminos de pecado y muerte (v. 5).

A los hombres, orgullosos y autosuficientes, instalados en el egoísmo y el pecado, Dios les ofreció, por medio de Cristo, una vida nueva. Al convertirse en miembros de Cristo, fueron resucitados con Cristo y se sentaron con Él en el cielo (v. 6). Nótese este detalle: el autor de la Carta a los Efesios no se refiere a la resurrección del hombre y su glorificación como algo futuro, sino como algo pasado (usa el tiempo aoristo griego, que tiene el significado de pasado). Sin embargo, esta acción pasada afecta el presente y tiene implicaciones para el presente: unido a Cristo, el cristiano ya ha resucitado y ya ha sido glorificado; continúa viviendo en la tierra, sujeto a la finitud y limitaciones de la vida presente pero ya es, aquí y ahora, ciudadano del cielo. De hecho, Dios ya ha introducido en la débil y frágil naturaleza humana los dinamismos de la vida eterna. La vida del cristiano está, por tanto, marcada por la doble condición de fragilidad y eternidad. A pesar de sus límites y de sus debilidades, el cristiano debe testimoniar y anunciar esta nueva vida que Dios ya le ha ofrecido en esta tierra.

En toda esta exposición hay un elemento ineludible al que el autor de la Carta a los Efesios da gran importancia: la gratuidad de la acción salvadora de Dios. La salvación no es nuestra realización, ni resulta de nuestras obras ni de nuestros méritos, sino que es un puro don de Dios, fruto de su amor incondicional. Por lo tanto, aquí no hay lugar para ningún sentimiento de orgullo ni para ninguna actitud de autoglorificación. La salvación es una oferta gratuita que Dios hace a sus hijos e hijas, aunque no lo merezcan (v. 9).

De la oferta de salvación que Dios nos hace debe nacer una nueva humanidad, que haga buenas obras. Las buenas obras no son condición para recibir la salvación, sino el resultado de la acción de esta gracia que Dios, en su amor y bondad, derrama gratuitamente sobre nosotros (v. 10).

ACTUALIZACION

- La vida de los seres humanos en la tierra está marcada por la debilidad, la finitud y las limitaciones inherentes a nuestra condición humana. La enfermedad, el sufrimiento, el egoísmo, el pecado son realidades que acompañan nuestra existencia, que nos mantienen prisioneros y nos roban la esperanza. Parece que, por nuestra cuenta, nunca podremos superar nuestros límites y alcanzar esa realidad de vida plena, de felicidad total con la que permanentemente soñamos. Por esta razón, ciertos filósofos contemporáneos se refieren a la inutilidad de la existencia, a las náuseas que acompañan la vida de una persona, a la inutilidad de la búsqueda de la felicidad, al fracaso que es la vida condenada a muerte... Este cuadro sería desesperante si el amor de Dios. Esto es precisamente lo que nos recuerda el autor de la Carta a los Efesios: Dios nos ama con un amor total, incondicional e incommensurable; y es este amor el que nos levanta de nuestra condición, el que nos hace superar nuestros límites, el que nos ofrece este nuevo mundo de vida plena y felicidad infinita al que aspiramos. No somos pobres criaturas derrotadas, condenadas al fracaso, limitadas por un horizonte sin sentido, sino hijos amados a quienes Dios ofrece vida plena, salvación. ¿Somos nosotros, los creyentes, que conocemos y confiamos en el amor de Dios, capaces de ofrecer a nuestros hermanos –cansados, desilusionados y heridos por las heridas de la vida– un testimonio de esperanza?
- Según el autor de la Carta a los Efesios, Dios introdujo en nuestra realidad humana dinanismos de superación y de vida nueva que apuntan al Hombre nuevo, libre de limitaciones, debilidades y fragilidades. Aquellos hombres y mujeres que aceptaron el don de Dios están llamados a dar testimonio de un mundo nuevo, libre de sufrimiento, de injusticia, de egoísmo y de pecado. Por tanto, los creyentes deben anunciar y construir un mundo más justo, más fraterno, más humano. Son testigos, en esta tierra, de una nueva realidad de felicidad infinita y vida eterna. ¿Buscamos nosotros, discípulos de Jesús, ser heraldos de este nuevo mundo?
- La vida nueva de Dios se manifiesta en nuestras palabras, en nuestros gestos de compartir y de servicio, en nuestras actitudes de tolerancia y perdón, en nuestra solidaridad con nuestros hermanos olvidados y abandonados, en nuestro esfuerzo por tender puentes de comprensión y diálogo... Es importante, sin embargo, no olvidar este hecho esencial: es Dios quien, a través de nosotros, actúa en el mundo y en la vida de los hombres. El mérito de las cosas buenas que hacemos no es nuestro, sino de Dios. ¿Somos conscientes de que somos sólo los frágiles instrumentos a través de los cuales Dios manifiesta su misericordia y su amor al mundo y a los hombres?

Juan 3,14-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a Nicodemo: “Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él. El que cree en él no será condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios.

La causa de la condenación es ésta: habiendo venido la luz al mundo, los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Todo aquel que hace el mal, aborrece la luz y no se acerca a ella, para que sus obras no se descubran. En cambio, el que obra el bien conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”.

Palabra del Señor.

AMBIENTE

Jesús había ido a Jerusalén para celebrar la Pascua (cf. Jn 2,13). Fue allí donde conoció y habló con un fariseo llamado Nicodemo, quien era “una autoridad entre los judíos” (Juan 3:1).

Decir que Nicodemo era fariseo es decir que era un hombre de la Ley. Los fariseos se distinguían por su adhesión y fidelidad a la Ley de Moisés. Los miembros de este partido tenían gran influencia entre el pueblo debido a su reputación de observancia y práctica religiosa. Pero Juan también nos dice que Nicodemo era una autoridad entre los judíos. Probablemente esto signifique que era miembro del Sanedrín, representante del judaísmo oficial. El encuentro de Nicodemo con Jesús se produce “**de noche**”. El indicio puede significar que no quería ser visto con Jesús para no perjudicar su posición, o puede tener que ver con la costumbre de los fariseos de estudiar la Ley por las noches. También podría significar que, en este momento, Nicodemo todavía está en la oscuridad, ya que aún no ha sido iluminado por la luz de Jesús. Es muy posible que Nicodemo fuera parte de un grupo, dentro del judaísmo académico, que estaba interesado en Jesús y quería entenderlo. Nicodemo aparecerá más tarde para defender a Jesús ante los líderes de los fariseos (cf. Jn 7, 50-52). Estará presente también en el momento en que Jesús sea bajado de la cruz y colocado en el sepulcro (cf. Jn 19,39).

La conversación de esa noche entre Jesús y Nicodemo presenta tres momentos significativos.

En el primero (cf. Juan 3,1-3), Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús, gracias a las obras poderosas que realiza; pero Jesús añade que esto no basta, sino que lo esencial es reconocerlo como el enviado del Padre, como el que vino de arriba para revelar a Dios.

En el segundo (cf. Juan 3,4-8), Jesús explica a Nicodemo que, para comprender la propuesta que Él trae, es necesario “**nacer de Dios**”; y le explica que este nuevo nacimiento es el nacimiento “del agua y del Espíritu”.

En el tercero (Jn 3,9-21), Jesús describe a Nicodemo el proyecto de salvación: es una iniciativa del Padre, que se hace presente en el mundo y en la vida de los hombres a través de su Hijo y que se concretiza en la cruz/exaltación de Jesús.

A esta tercera parte pertenece el extracto de la conversación que escuchamos en este cuarto domingo de Cuaresma. Es un texto cargado de densidad teológica.

MENSAJE

La misión de Jesús consiste en mostrar a los hombres el amor de Dios y enseñarles a vivir en el amor.

Ahora será en la cruz donde Él mostrará, de manera superlativa, todo esto. Por eso, Jesús le dice a Nicodemo que el Mesías debe “*ser levantado en lo alto*”, como “Moisés levantó la serpiente” en el desierto.

La referencia evoca el episodio en el desierto cuando los hebreos, mordidos por las serpientes, miraron una serpiente de bronce levantada sobre un estandarte por Moisés y fueron curados (cf. Nm 21,8-9). Esta serpiente de bronce, en alto, ofrecía vida, salvación. Del mismo modo, Jesús debe ser levantado en la cruz para ser fuente de vida y salvación para quienes lo contemplan. Es en la cruz donde Jesús manifiesta su amor hasta el extremo y muestra a los hombres el camino que deben recorrer para alcanzar la salvación, la Vida definitiva (v. 14). Nicodemo pensó que la Ley daba Vida; sin embargo, la Vida plena brota del amor de Dios, expresado en aquella cruz donde Jesús se ofrece por amor hasta la última gota de sangre. Quien crea en ese Hombre levantado en la cruz, quien se adhiera a Él y a su propuesta de Vida, quien aprenda de Él a hacer de su propia vida un don total a Dios y a sus hermanos, tendrá Vida eterna (v.15). Entonces podrás unirte a la comunidad del Reino.

Después de estas consideraciones generales, el autor del Cuarto Evangelio entrará en afirmaciones más detalladas sobre el plan de salvación de Dios ofrecido a los hombres en Jesús.

Jesús, el “Hijo Único” de Dios enviado por el Padre al encuentro de los hombres para darles la vida definitiva, es el gran don del amor de Dios a la humanidad. La expresión “*Hijo único*” evoca probablemente el “sacrificio de Isaac” (cf. Gn 22,16): Dios se comporta como Abraham, que supo desprenderse de su propio hijo por amor (en el caso de Abraham, amor de Dios; en el caso de Dios, amor a la humanidad).

Jesús, el “Hijo único” de Dios, vino al mundo para cumplir los planes del Padre a favor de la humanidad. Para ello, se encarnó en nuestra historia humana, se arriesgó a asumir nuestra fragilidad, compartió nuestra humanidad; y, como consecuencia de una vida dedicada a luchar contra las fuerzas de la oscuridad y la muerte que esclavizan a los hombres, fue arrestado, torturado y asesinado en una cruz. La cruz es el último acto de una vida vivida en el amor, en la donación, en la entrega. La cruz es, por tanto, la expresión

suprema del amor de Dios por los hombres. Nos da la dimensión del inconmensurable amor de Dios por la humanidad (v. 16).

¿Cuál es el objetivo de Dios al enviar a su único Hijo al encuentro de los hombres? Es liberarlos del egoísmo, de la esclavitud, de la alienación, de la muerte y darles Vida eterna.

Cuando Dios envió a su “Hijo único” al mundo, no tuvo una intención negativa, sino positiva. El Mesías no vino con una misión judicial, ni vino para excluir a nadie de la salvación. Al contrario, vino a ofrecer a los hombres –a todos los hombres– la Vida definitiva, enseñándoles a amar sin medida y dándoles el Espíritu que los transforma en Hombres Nuevos (v.17). Notemos este hecho importante: Dios no envió a su único Hijo a hombres perfectos y santos; pero envió a su Hijo único al encuentro de hombres pecadores, egoístas, autosuficientes, para presentarles una nueva propuesta de Vida... Y fue el amor de Jesús –así como el Espíritu que Jesús dejó– el que transformó estos egoístas, orgullosos, autosuficientes y los insertamos en un dinamismo de vida nueva y plena.

Ante la oferta de salvación que Dios le hace, la persona tiene que hacer su elección. Cuando acepta la propuesta de Jesús y se adhiere a Él, elige la vida definitiva; pero cuando prefiere seguir siendo esclava de esquemas de egoísmo y autosuficiencia, rechaza la propuesta de Dios y se excluye de la salvación. La salvación o la condenación no son, desde esta perspectiva, una recompensa o un castigo que Dios da a una persona por su buena o mala conducta; pero son resultado de la libre elección de la persona, dada la oferta incondicional de salvación que Dios le hace. En cualquier caso, la oferta de salvación de Dios nunca fue quitada; permanece abierto y esperando la respuesta de la persona. La responsabilidad de la Vida definitiva o de la muerte eterna no recae así en Dios, sino en la persona (v. 18). Según la perspectiva de Juan, tampoco hay un juicio futuro, al final de los tiempos, en el que Dios pesa los pecados de los hombres en su balanza, para ver si los salvará o los condenará: el juicio tiene lugar aquí y ahora y depende sobre la actitud que toma la persona ante la propuesta de Jesús.

En la parte final del texto (v.19-21), Juan repite el tema de la opción por la Vida (Jesús, “la Luz”) o la muerte (“las tinieblas”). Encuentra que, a veces, los hombres rechazan la propuesta de Dios y prefieren la esclavitud y la oscuridad. Esta opción constituye una sentencia y son los hombres quienes la pronuncian. Quienes hacen esto rechazan la Vida. Pero hay otros hombres que pueden ver la belleza del amor: eligen la luz y empiezan a vivir en el amor. Están animados por el Espíritu de Jesús. Son signos de Dios en el mundo. Sus obras reflejan amor y se traducen en gestos de servicio sencillo y humilde, de cuidado, de entrega, de donación. Estos son los que “nacen de nuevo, los que nacieron de lo alto (de la contemplación del Hombre levantado en la cruz), los que nacieron del agua y del Espíritu.

ACTUALIZACION

- Juan es el evangelista asombrado en la contemplación del amor de un Dios que no dudó en enviar al mundo a su Hijo, su único Hijo, para presentar a los hombres una propuesta de felicidad plena, de vida definitiva. El evangelio de este domingo nos invita a contemplar, con Juan, esta increíble historia de amor y a asombrarnos del peso que nosotros –seres limitados y finitos, pequeños granos de polvo en la inmensidad de las galaxias– adquirimos en los esquemas, proyectos y en el corazón. de Dios. ¿Somos conscientes de este amor, estamos agradecidos por este amor, aceptamos que este amor nos muestra el camino que debemos seguir y la forma en que debemos vivir?

- El amor de Dios se traduce en oferta al hombre de Vida plena y definitiva. Es una oferta gratuita, incondicional, absoluta, válida para siempre y que no discrimina a nadie. Los hombres –dotados de libertad y capacidad de elegir– son responsables de decidir si aceptan o rechazan el don de Dios. A veces, los hombres acusan a Dios de guerras, de injusticias, de actos arbitrarios que traen sufrimiento y muerte, que pintan los muros del mundo con el color de la desesperación... El texto, sin embargo, es claro: Dios ama a los hombres y les ofrece la vida. El sufrimiento y la muerte no provienen de Dios, sino que son el resultado de decisiones equivocadas tomadas por seres humanos que insisten en la autosuficiencia y prescinden de los dones de Dios. ¿Somos conscientes de que algunos de los males de nuestro mundo podrían resultar de nuestro egoísmo, nuestro orgullo, nuestra autocomplacencia, nuestros prejuicios, nuestra negativa a escuchar a Dios y seguir los caminos que Él nos muestra? ¿Qué necesitamos cambiar en nuestras vidas para ser signos y heraldos del amor de Dios?

•El evangelista Juan define claramente el camino que todo hombre debe seguir para alcanzar la vida eterna: se trata de “creer” en Jesús. La “creencia” en Jesús no es una mera adhesión intelectual o teórica a ciertas verdades de fe; pero es escuchar a Jesús, aceptar su mensaje y sus valores, seguirlo por el camino del amor y la entrega al Padre y a los hermanos. “Creer” significa mirar a ese hombre levantado en la cruz y aprender de Él el amor hasta el extremo, el amor que supera todo egoísmo y es don total. ¿Es Jesús ese referente fundamental para nosotros, al que intentamos seguir en todo momento y que nos muestra el camino? ¿Estamos dispuestos a confiar en Él incondicionalmente, incluso cuando Sus indicaciones parecen ir en contra de la cultura circundante, los dictados de la moda, las doctrinas actuales o las reglas de corrección social?

•Algunos cristianos viven obsesionados y asustados con ese momento final en el que Dios juzgará a la persona, después de pesar en la balanza sus buenas acciones y sus malas acciones... Juan asegura que Dios no es un contador, que suma deudas y créditos de las personas para pagarles como corresponde... El cristiano no vive con miedo, porque sabe que Dios es este Padre lleno de amor que ofrece a todos sus hijos la vida eterna. No es Dios quien nos condena; somos nosotros quienes elegimos entre la vida eterna que Dios nos ofrece o la infelicidad eterna. ¿Vivimos con temor de Dios o somos conscientes de que somos nosotros quienes, con libertad, tomamos nuestras decisiones? Y, cuando elegimos, ¿sabemos qué estamos construyendo y hacia dónde nos dirigimos?

PALABRAS DEL PADRE ARRUPE

Con el ictus, en sus últimos años: “¡Aquí solo con Dios, solo, solo..., todo roto, todo inútil!”.

“Pobre hombre: Hay que sufrir y ofrecerlo. Es la vida. Dios está más allá de todo. Siempre alegría en el Señor. Mi vida es estar en Dios. Tenemos que ver a Dios en todo. Yo no entiendo esto. Pero debe ser de Dios, de su providencia... Es algo muy especial. Para mí muy bien. Pero ¿y para la Compañía? Tiene que ser cosa de Dios. De vez en cuando siento una fuerza muy especial”.

“De esto: mucho, mucho, mucho. ¿Hasta cuándo? Yo no sé. Espero, espero. Para mí nada, nada, nada. (Lo decía muy expresivamente, con enorme sentido trágico). Arriba, Dios trino. Luego, el Corazón del Señor, y este pobre. El Señor me da su luz. Yo quiero darle todo al Señor. Todo es muy difícil. Es lo que Dios permite. Algo especial que nos ha enviado de una manera muy rápida. Bendito él, benditos sean los hombres”. (Utilizaba el término hombres para referirse a los jesuitas). “Pero es tremendo, tremendo”.

“Dios así lo quiere, hágase su voluntad. Dios tiene sus caminos, es grande”.

Servir a Dios. Todo por el Señor”. “Cuando subáis al púlpito, convenceréis más por lo seáis que por lo que digáis”

“Hoy unos mueren de hambre y otros de exceso de colesterol”. “Me dicen que soy un optimista patológico, ¿cómo no lo voy a ser, si creo en Dios?”. “Aquello de lo que te enamoras te cambia la vida”.